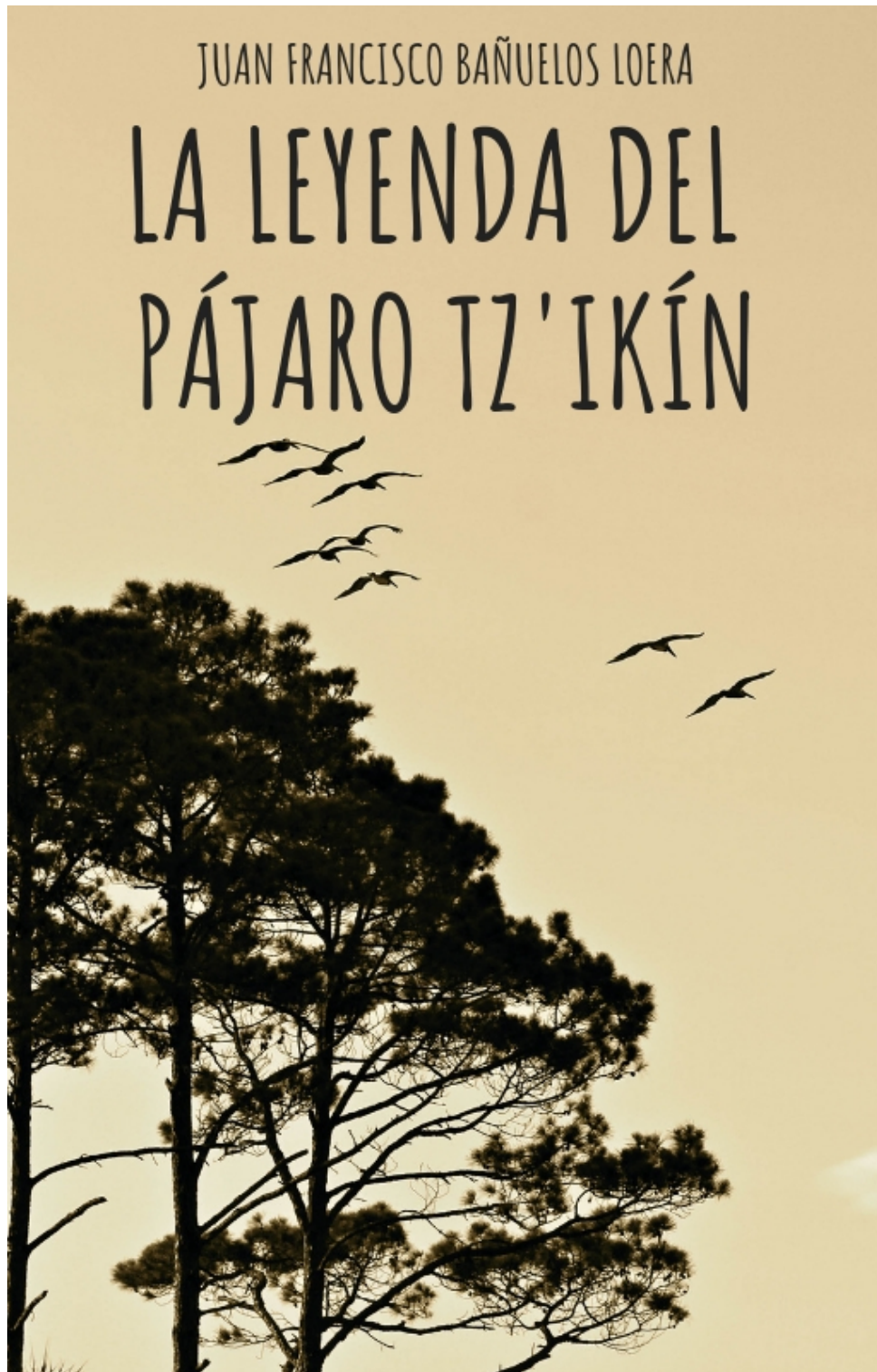


La leyenda del pájaro Tz'ikín

Juan Francisco Bañuelos



Capítulo 1

Hace mucho tiempo sucedió lo que he de contarles. Los dioses crearon el mundo, los montes y los ríos, las aves del cielo y las fieras de la selva. Pero la obra maestra de su creación fue el hombre.

Los dioses habían planeado que el hombre fuera el amo y señor de todo sobre la tierra. Pero había un problema, pues no había nada que lo diferenciara de los animales. Se movía, comía, dormía y moría como todos los seres vivos. Era capaz de hacer cualquier cosa, exactamente igual que el resto.

<<Necesitamos que el hombre conozca el secreto de la vida>> habían dicho los dioses, <<solo así podrá sobresalir de los otros animales>>.

De esta forma, los dioses reunieron a todos los habitantes de su creación. Al amanecer se dieron cita los peces, reptiles, aves, insectos y fieras. El objetivo era convertir a uno de ellos en el portador del secreto de la vida, y dárselo al hombre para que viviera en él.

Todos los animales formaron una fila, a la espera de ser llamados por los dioses para ofrecer sus mejores atributos.

El primero fue el jaguar, una de las bestias más imponentes de la selva. <<Dinos qué ofreces, jaguar>> preguntaron los dioses, a lo que el jaguar respondió: <<Ofrezco mis rugidos. Puedo vivir en la garganta del hombre y rugir cada que necesite valor en su vida>>. Pero los dioses consideraron innecesario su ofrecimiento, pues el hombre ya poseía valor.

<<¿Y tú qué ofreces, pequeña hormiga?>>, quisieron saber. <<Yo puedo vivir en las manos del hombre, para ayudarlo a trabajar y ayudar a sus hermanos>>. Pero eso también les pareció poca cosa a los dioses, quienes pensaban que el hombre ya poseía esas cualidades.

El siguiente en hablar fue el mono araña, quien se ofreció a vivir en la cabeza del hombre y así dotarlo de inteligencia. <<Eso también ya lo tiene el hombre>> volvieron a insistir los dioses.

De esta forma fueron pasando todos y cada uno de los animales, ofreciendo sus encantos y virtudes a los dioses, mismos que eran rechazados por considerarse innecesarias.

El último animal en la fila era el pájaro Tz'ikín, un ave pequeña, pero capaz de volar a grandes alturas, con su cadente aleteo. <<¿Qué puede ofrecer alguien tan pequeño como tú, pájaro Tz'ikín?>> quisieron saber

los dioses, a lo que él respondió:

<<Ustedes saben que vivo surcando los cielos. Mi tamaño pequeño me permite llegar hasta el punto más alto del cielo y estar nuevamente en la tierra en pocos segundos. Conozco a la perfección lo que sucede en ambos lados. Soy como el mensajero entre ustedes los dioses y nosotros los animales. El intermediario entre lo divino y lo terrenal.

>>Son mis alas las que me mantienen con vida. Entre sus plumas guardo todo lo que he aprendido, y soy capaz de soltarlo sobre quien lo necesite. Y es justamente esto lo que le ofrezco al hombre: derramar sobre él las enseñanzas de la vida misma.

>>Puedo vivir en el pecho del hombre. Habitar esa caja vacía que tiene dentro de su cuerpo. Dotarlo de espíritu, de lo importante del cielo y lo necesario en la tierra>>.

A los dioses les maravilló la propuesta del pájaro Tz'ikín, por lo que terminaron aceptándola. Mandaron llamar a todos los pájaros de su especie y, con la sangre de los hombres y la tierra de la selva, moldearon con ellos una masa colorada y palpitante.

<<A partir de ahora dejarás de llamarte Tz'ikín, pues ya eres Puksi'ik'al, que significa corazón>>. Colocaron a Puksi'ik'al en el pecho del hombre, donde comenzó a sonar el constante aleteo del otrora pájaro.

Desde ese momento, el hombre entendió el significado de la vida. Supo encontrar en el sonido de aquel aleteo las claves para seguir su paso por el mundo. Por eso, cada que los sorprende la duda, lo único que deben hacer es escuchar el latido de su corazón, ahí donde Tz'ikín deja caer las enseñanzas del cielo y de la tierra.